

Gozos y consolaciones para las personas que tienen santidad real

Heb. 12:14

8. En octavo lugar, si tienes la santidad real, sin la cual nadie verá al Señor, debes saber para tu gozo que todas las cosas han de ser santificadas para ti.

Dice el apóstol Pablo “*Todas las cosas son puras para los puros, mas para los corrompidos e incrédulos nada les es puro; pues hasta su mente y su conciencia están corrompidas*” (Tito 1:15). Una vez que el corazón del hombre es santificado, todas las cosas son santificadas para él. Cuando el espíritu del hombre es purificado, todas las cosas son purificadas para él. Hermanos, esto es un glorioso privilegio: tener todas las cosas santificadas para nosotros.

No podemos pedir una misericordia más grande que esta: que todas las cosas trabajen para hacernos más y más santos; que cada cruz nos pueda hacer más santos, que cada comodidad nos haga más santos, que cada misericordia nos haga más santos, que cada miseria, que cada ordenanza, que cada providencia, aflicción o juicio nos pueda hacer más santos.

Cada condición es dulce cuando es santificada para nosotros: la enfermedad es tan dulce como la salud cuando es santificada para nosotros, la debilidad es tan dulce como la fortaleza cuando es santificada para nosotros, la pobreza es tan dulce como la riqueza cuando es santificada para nosotros, la desgracia es tan dulce como el honor cuando es santificada para nosotros, la muerte es tan dulce como la vida cuando es santificada para nosotros.

No puede haber una feliz condición si no es una condición santificada, de la misma manera, ninguna condición podrá ser miserable si es una condición santificada.

Ahora, esto es sólo un privilegio para el hombre santo, sólo él tiene esta misericordia: tener todos los estados y las condiciones santificadas para él. Esta es la corona de todas nuestras misericordias, pues, cada situación amarga se convertirá en dulce, muy dulce, si ella es santificada para nosotros.

Hermanos, ¿qué importa si tus misericordias son más pequeñas que las de los demás?, no tienes ninguna razón para quejarte, pues, tus misericordias son misericordias santificadas. ¿Qué importa si tus pruebas y cargas son superiores a las de los demás, y tus penas son más

profundas, o tus cruces son más gruesas que las del resto? No tienes motivo para quejarte si todo es santificado para ti.

¿Eres una persona santa? Recuerda para tu gozo que cada pedacito de pan que comes es santificado, cada poquito de agua que bebes es santificado, cada vestido que usas es santificado, la cama en que duermes es santificada, el aire que respiras es santificado, el suelo que pisas es santificado y hasta el último centavo que tienes en tu cartera es santificado. Todo lo que tienes en casa es santificado y cada peso también es santificado.

Al comprender esta verdad cómo debería endulzar tus amarguras, convertir tu infierno en un cielo, enjugar toda lágrima de tus ojos, convertir tu gemido en un canto y tu duelo en regocijo. *“Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados”* (Ro. 8:28).

9. En noveno lugar, si tú eres una persona santa, si tienes la santidad genuina, sin la cual nadie verá al Señor, debes saber para tu gozo que tú eres una persona muy favorecida por Dios, tú eres una persona valiosa y especial ante él.

“Porque eres pueblo santo a Jehová tu Dios, y Jehová te ha escogido para que le seas un pueblo único de entre todos los pueblos que están sobre la tierra” (Deut. 14:2). *“Quien se dio así mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras”* (Tit. 2:14). Todos los santos de Dios son sus seres preciados. Dios tiene una estima especial por sus personas: *“Porque tú eres muy amado”* (Dan. 9:23), en hebreo dice textualmente “eres el hombre de los deseos”. Daniel es llamado el hombre de los deseos, porque los deseos de Dios están en él; era especial y particularmente amado por Dios, el favor divino estaba sobre él.

Los santos son tan amados por Dios que él aprecia sus lágrimas: *“Mis huidas tú has contado; pon mis lágrimas en tu redoma; ¿no están ellas en tu libro?”* (Sal. 56:8). Pero Dios no sólo tiene gran estima por las lágrimas de los santos, sino también por su muerte: *“Estimada es a los ojos de Jehová la muerte de sus santos”* (Sal. 116:15). Si Dios tiene este aprecio por sus santos, entonces, quien les cause daño no quedará sin castigo.

Hermano, Dios te ha hecho un santo, así como él es santo, como Jesucristo o sus santos ángeles. Él te ha dado su Santo Espíritu para que también seas santo. Tal vez Dios no te ha

dado riquezas materiales, pero él te hizo espiritualmente grande, rico, honorable, sabio y hermoso: *“Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo”* (Ef. 1:3). La santidad es un fruto singular del favor y el amor especial de Dios.

Hermano, aunque el mundo te desprecie, los enemigos te vituperen y tus amigos te abandonen, regocíjate al saber que eres un tesoro especial para Dios: *“Porque tú eres pueblo santo para Jehová tu Dios; Jehová tu Dios te ha escogido para serle un pueblo especial, más que todos los pueblos que están sobre la tierra”* (Deut. 7:6).

10. Si eres una persona santa, si tienes la santidad genuina, debes saber para tu gozo que Dios se deleita en todos los servicios que le rindes.

El Señor le dijo al piadoso Cornelio *“Tus oraciones y tus limosnas han subido para memoria delante de Dios”* (Hech. 10:4). Dios purifica a su pueblo para que sus ofrendas le sean agradables: *“Y se sentará para afinar y limpiar la plata; porque limpiará a los hijos de Leví, los afinará como a oro y como a plata, y traerán a Jehová ofrenda en justicia”* (Mal. 3:3).

El santo que se purifica apartándose del pecado ofrecerá servicios honorables al Señor: *“Así que, si alguno se limpia de estas cosas, será instrumento para honra, santificado, útil al Señor, y dispuesto para toda buena obra”* (2 Tim. 2:21). Esta fue la experiencia del justo Abel *“Y miró Jehová con agrado a Abel y a su ofrenda”* (Gén. 4:4).

Dios siempre dará la bienvenida al santo en su presencia, y él siempre tendrá su oído dispuesto a escuchar. Cuando Dios purifica el corazón de un hombre y santifica su naturaleza, éste se convierte en un justo ante los ojos de Dios, es muy amado por él, por lo tanto, sus santas peticiones le son concedidas tan pronto las presenta ante el Trono de la gracia: *“Y antes que clamen, responderé yo; mientras aún hablan, yo habré oído”* (Is. 65:24).

Dios se alegra y deleita con los servicios que le ofrecen sus santos: *“Sabed, pues, que Jehová ha escogido al piadoso para sí; Jehová oirá cuando yo a él clamare”* (Sal. 4:3). Cuando el Señor aprueba a una persona, su oración es aceptada; él la convertirá en su delicia y la responderá.

Las oraciones de los santos, procedentes de sus puros corazones, y santificadas por la mediación del Cordero, son dulces ante él como el más agradable incienso: “*Suba mi oración delante de ti, como el incienso, el don de mis manos como la ofrenda de la tarde*” (Sal. 141:2); “... *todos tenían arpas, y copas de oro llenas de incienso, que son las oraciones de los santos*” (Ap. 5:8); “*Otro ángel vino entonces y se paró ante el altar, con un incensario de oro; y se le dio mucho incienso para añadirlo a las oraciones de todos los santos, sobre el altar de oro que estaba delante del trono*” (Ap. 8:3).

Así como Dios tiene un amor y cuidado especial por las personas de los santos, también tiene un afecto especial por los servicios que ellos le brindan: “*El sacrificio de los impíos es abominación a Jehová, mas la oración de los rectos es su gozo*” (Prov. 15:8). Dios se deleita en escuchar las oraciones de los santos y en responderlas; pero, las oraciones de los impíos le son despreciables, al menos que sean para arrepentirse sinceramente de sus horribles pecados.

“*Porque los ojos del Señor están sobre los justos, y sus oídos atentos a sus oraciones*” (1 P. 3:12). Cuando las oraciones son tan tenues y débiles que no pueden alcanzar a Dios, que no pueden llegar al cielo, entonces Dios baja a ellos y acerca los oídos a sus temblorosos labios.

Oh, preciosos hijos de Sión, que están lamentándose y llorando por sus debilidades, sepan para su gozo que aunque con Moisés no pueden balbucear una oración, o con Ana sólo puedan mover los labios, o con Ezequías suspiren en la oración; recuerden que Dios es el dueño de sus oraciones, acepta sus oraciones y se deleita en sus oraciones.

Cristiano, tienes acceso a una comodidad especial: cuando estás bajo necesidades y angustias, cuando tienes una enfermedad en el cuerpo, cuando la muerte llama a tu puerta; en todos estos y otros casos, puedes dirigirte a Dios como Padre, contarle cómo te sientes, y luego tener la satisfacción y seguridad que con agrado Dios ha escuchado en los cielos tu clamor.

11. *Si eres de las personas que tienen santidad real, sin la cual nadie verá al Señor, debes saber para tu gozo que Jesucristo mismo te preservará en santidad.*

La santidad, con Cristo, es la más selecta joya del cristiano, y esta santidad será preservada de forma segura por Jesús.

El instinto de conservación es natural en todas las criaturas. La santidad es criatura de Cristo, es la imagen de Cristo, por lo tanto, él ciertamente la preservará y mantendrá. Cristo no se descuida a sí mismo ni puede faltarse así mismo. La santidad es él mismo, por lo tanto, así haya solo una chispa de la santidad, Cristo es el dueño de ella, él la preservará y la cuidará.

El que es realmente santo será santo por siempre. El mundo, la carne y el diablo hacen lo que pueden, pero la simiente santa permanecerá en todos los santificados: *“Estando persuadido de esto que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo”* (Fil. 1:6); *“Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo”* (1 Ts. 5:23); *“Y el señor os haga crecer y abundar en amor unos para con otros y para con todos, como también lo hacemos nosotros para con vosotros, para que sean afirmados vuestros corazones, irreprochables en santidad delante de Dios nuestro Padre, en la venida de nuestro Señor Jesucristo con todos sus santos”* (1 Tes. 3:12-13); *“Puestos los ojos en Jesús, el autor y consumador de la fe”* (Heb. 12:2); *“Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios”* (1 Jn. 3:9).

Aunque una persona santa puede caer en el pecado, lamentablemente, con alguna frecuencia, nunca caerá totalmente, nunca caerá finalmente porque la santidad que está en él es duradera; es un principio eterno y permanente que nunca podrá ser destruido o extirpado.

Una persona malvada puede ser convertida en un hombre santo, pero una persona santa nunca podrá ser convertida en profana o impía nuevamente. El estado de santidad es inmutable, el santo no podrá caer definitivamente de ella.

Es verdad, los ángeles caídos perdieron rápidamente la santidad que Dios había puesto en sus manos, también Adán cayó de su estado santo cuando desobedeció al Señor; pero el estado y condición de los santos es uno mejor y más seguro que el de los ángeles o el de

Adán, pues, el estado de ellos era perfecto, pero mutable; más el estado de los santos es inmutable, nunca cambiará, nada los podrá hacer caer de su condición santa.

Tanto en el caso de Adán como en el de los ángeles, Dios puso la santidad en sus manos, pero en el caso de los santos la santidad está en las manos de Cristo. Ahora el Señor no sólo guarda a los santos, sino que preserva y guarda la santidad en ellos: *“Que sois guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero”* (1 P. 1:5).

Así como Cristo es el administrador de nuestra salvación, él también es el administrador de la gracia y la santidad en nosotros; así como él asegura lo uno, también preservará lo otro. Una vez hijo de Dios, para siempre hijo de Dios. Aunque el sirviente puede ser echado a la calle, el hijo permanece para siempre en casa, como dijo Cristo: *“Y el esclavo no queda en la casa para siempre; el hijo sí queda para siempre”* (Jn. 8:36). El que es una vez santificado, para siempre será bendito.

La santidad es una semilla inmortal. Es un don real que se da una sólo vez, el cual nunca se le quitará. Es verdad que la fuerza y el brillo de la santidad, el sentimiento, la dulzura y las operaciones de la santidad puede disminuirse en el alma; pero la semilla de la santidad, la sustancia de ella, siempre permanece en el alma convertida: *“Porque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios”* (Ro. 11:29).

Hay siempre un fuego divino, aunque a veces esté debajo de las cenizas; hay siempre vida y savia en la raíz, aunque el árbol esté sin hojas ni flores. Es verdad, el mejor de los santos puede tener sus inviernos espirituales. Y también es cierto que después del invierno, sin duda, vendrá una primavera de la santidad.

Es muy cierto que la verdad y el principio de la santidad permanecen bajo las flaquezas, oscuridades, debilidades, eclipses, nubes, caídas y vacilaciones del cristiano; y las razones para esto son muy claras: porque el principio grande y glorioso de la santidad fluye desde el inmutable amor de Dios, es un fruto del pacto eterno y del precio de la sangre de Cristo. Ella depende de la perpetua unión y comunión con Cristo, ella es siempre mantenida y sostenida por los brazos eternos de Cristo: *“No hay nadie como el Dios de Jesurín, que para ayudarte cabalga en los cielos, entre las nubes con toda su majestad. El Dios*

sempiterno es tu refugio; por siempre te sostiene entre sus brazos” (Det. 33:26-27); “Rama fructífera es José, rama fructífera junto a una fuente, cuyos vástagos se extienden sobre el muro. Le causaron amargura, le asaetearon, y le aborrecieron los arqueros; mas su arco se mantuvo poderoso, y los brazos de sus manos se fortalecieron por las manos del Fuerte de Jacob (por el nombre del Pastor, la Roca de Israel), por el Dios de tu padre, el cual te ayudará, por el Dios Omnipotente, el cual te bendecirá con bendiciones de los cielos de arriba, con bendiciones del abismo que está abajo, con bendiciones de los pechos y del vientre” (Gén. 49:22-25).

Afirmar que los santos pueden caer total y definitivamente de su estado de gracia y santidad, es decir que:

- a. La garantía del nuevo pacto es pobre y débil, lo cual es una blasfemia y contrario a lo que dice Hebreos 7:21-22 *“Jesús es hecho fiador de un mejor pacto”*.
- b. Las promesas son sí y no, lo cual es contrario a lo afirmado por Pablo: *“Porque todas las promesas de Dios son en él Sí, y en él Amén, por medio de nosotros, para la gloria de Dios”* (2 Cor. 1:20).
- c. Que el poder de Dios es excedido por la debilidad, es hacer a Satanás más fuerte que Dios, lo cual es contrario a la enseñanza de las Escrituras: *“Que sois guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero”* (1 P. 1:5); *“Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre”* (Juan 10:27-29).
- d. Que el decreto de Dios es mutable, lo cual es contrario a la cruz y a lo que afirma Pablo: *“Pero el fundamento de Dios está firme, teniendo este sello: Conoce el Señor a los que son suyos; y: apártese de iniquidad todo aquel que invoca el nombre de Cristo”* (2 Tim. 2:19).
- e. Que el amor libre y sempiterno de Dios se ha vuelto cambiante e inconstante, lo cual es contrario a la Palabra de Dios: *“Jehová se manifestó a mí hace ya mucho tiempo, diciendo: Con amor eterno te he amado; por tanto, te prolongué mi*

misericordia” (Jer. 31:3); “*Porque yo Jehová no cambio; por esto, hijos de Jacob, no habéis sido consumidos*” (Mal. 3:6); “*...como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin*” (Juan 13:1).

12. Si eres una persona santa, si eres de lo que tiene santidad genuina, sin la cual nadie verá al Señor, debes saber para tu gozo que todas las cosas obrarán para tu bien.

“Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados” (Ro. 8:28). Todas las aflicciones y todas las tentaciones, todas las opresiones, oposiciones y persecuciones que le acontecen a un hombre santo, trabajan para su bien: “*No temas en nada lo que vas a padecer. He aquí, el diablo echará a algunos de vosotros en la cárcel, para que seáis probados, y tendréis tribulación por diez días. Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida*” (Ap. 2:10).

Cada cruz, cada pérdida y cada enfermedad que sobreviene al hombre santo, trabajará para su bien. Cada ataque y estratagema de Satanás contra el hombre santo, trabajará para su bien. Todas estas aflicciones, ataques y adversidades lo ayudarán a ser más humilde, más santo, más celestial, más espiritual, más fiel, más fructífero y más vigilante: “*Y me ha dicho, bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad. Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo. Por lo cual, por amor a Cristo me gozo en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte*” (2 Cor. 12:9-10).

Todos los días de prosperidad, y todas las noches de adversidad obrarán por el bienestar espiritual de la persona santa. Cada tormenta y cada calma, todo lo amargo y todo lo dulce, cada cruz y toda comodidad trabajarán para el bien del hombre santo.

Cuando Dios da una gracia, trabajará para el bien del hombre santo, y cuando quita una misericordia, también trabajará para su bien. Cuando Dios le da grandes bienes temporales, trabajarán para su bien, y cuando los corta definitivamente, también lo harán.

Si, todas las caídas y todos los pecados de los santos, trabajarán para su bien. Las caídas de los santos producen en ellos más cuidado, más temor, vigilancia y más celo (2 Cor. 7:8-

13). Cuánto odio e indignación Dios suscita en los corazones de sus hijos contra el pecado, cuando ellos caen en él.

Es la gloria de la santidad de Dios la que puede convertir las enfermedades espirituales en remedios santos. Él puede convertir los venenos para el alma en pociones celestiales. Él puede prevenir el pecado por el mismo pecado, y curar al que cae a través de sus caídas.

Podemos llamar a Romanos 8:28 “*La promesa del santo ciego*”. También podemos llamarle “*la promesa del santo cojo, la promesa del santo sordo, la promesa del santo tonto, la promesa del santo necesitado, la promesa del santo enfermo, la promesa del santo lánguido, etc.*” Cuánta comodidad, dulzura, contentamiento y satisfacción ha producido esta promesa a muchos santos, incluso, cuando no han tenido otras promesas de las que echar mano.

Hermano, aunque los amigos y parientes frunzan el ceño contra ti, aunque los enemigos estén tramando y conspirando en contra tuya, aunque la rabia de los hombres y el rugido de los demonios se levanten contra ti, aunque la enfermedad se enfurece sobre tu familia y la muerte ronda todos los días, no hay ninguna razón para tener miedo, porque todas estas cosas obrarán para tu bien.

Temo que muchos de ustedes no descasan ni se apoyan tan a menudo en esta maravillosa y consoladora promesa.

Hay muchas alegrías que Dios anticipa para sus santos en esta tierra. Vivamos siempre dependiendo de Su poderosa gracia, recibiendo la fuerza constante que nos permitirá ser victoriosos contra el pecado y aguerridos en la conquista de la santificación práctica, sin la cual nadie verá al Señor.